



# CIENCIA Y MARGINACIÓN

Una historia de negros,  
locos y criminales

JOSÉ LUIS PESET

# CIENCIA Y MARGINACIÓN

Una historia de negros,  
locos y criminales

*José Luis Peset*

EDICIONES DOCE CALLES

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

© José Luis Peset

© De la presente edición: Ediciones Doce Calles (2016)

Apdo. 270 • 28300 ARANJUEZ (Madrid)

Telf. +34 91 892 22 34

e-mail: [docecalles@docecalles.com](mailto:docecalles@docecalles.com)

ISBN: 978-84-9744-240-4

Depósito legal: M-41166-2018

Impreso en España. *Printed in Spain*

## ÍNDICE

Introducción. Tres Saltos de Moneda .....	11
¿En un nuevo siglo ? .....	15
PRIMERA PARTE	
Negros.....	25
La antigua colonia.....	27
La Metrópoli Victoriana.....	59
SEGUNDA PARTE	
... Locos.....	95
La Ley y El alienado .....	97
Juristas contra médicos.....	135
TERCERA PARTE	
... Y Criminales.....	171
Un nuevo país: Italia.....	173
El viaje al nuevo mundo.....	211
Epílogo. Ayer y hoy.....	253



## INTRODUCCIÓN

### TRES SALTOS DE MONEDA

En momentos de crisis siempre es bueno –o, al menos, es habitual– retroceder en el tiempo y plantearse históricamente problemas actuales. Volver doscientos años atrás supone retomar una época en que muchos de los temas actuales se propusieron y en que algunas de nuestras soluciones apuntaron. Hace poco más de un siglo la ciencia descubrió que la energía podía ser almacenada, incrementada y utilizada. Vio que los microbios eran causa fundamental de enfermedad. Imaginó que el hombre podía volar y sumergirse en los océanos. Y también reencontró una «verdad» que, explícita o no, reconocida o no, no ha dejado de pesar en el comportamiento del hombre occidental. Redescubrió y, se dice, demostró que unos hombres eran distintos de otros, que esta diferencia se basaba en razones morfológicas y conllevaba una jerarquización y un derecho de opresión de los seres humanos.

El primar en la diferenciación entre personas características de tipo morfológico ha sido desde entonces fenómeno frecuente, quizá porque las observaciones anatómicas son fáciles de evidenciar y parecen de una total seguridad. Es claro que una piel de color es distinta a una blanca, y que un cerebro lesionado también lo es a otro íntegro. Pero lo que ya no es tan evidente es que de esta diferencia se puedan deducir criterios funcionales, sean morales o éticos, sean de calidad o jerarquía. Sin embargo, este principio morfológico funciona casi siempre y en etnología, antropología, psiquiatría o medicina legal ha primado con frecuencia. El éxito que ha tenido el criterio anatómico, aunque siempre ha sido parcial, en la interpretación de muchas enfermedades, ha sido demasiado rápidamente traspuesto a otras alteraciones que conllevaban criterios de conducta, morales, éticos o de jerarquía. Y es innegable que no siempre se ha intentado corregir esta trasposición y que con mucha frecuencia ha servido para marginar, perseguir e incluso atormentar y eliminar a personas o grupos humanos. Y no cabe pensar que son lejanos salvajes

de intrincadas selvas quienes solo son capturados y exterminados con apoyo en estos criterios. Muy al contrario, la persecución en nombre de la «Forma» llega hasta muy cerca, hasta quienes «parecen» incluso nuestros semejantes. Ni tampoco vale creer que esto sucedió en momentos críticos de la historia, como en la Alemania nazi, o en remotas regiones del globo, como en África del Sur. Muy al contrario, aquí y ahora, sucede o, al menos, puede suceder. Lo que fue amenaza siempre con volver, y, tal vez, si dejamos que se lleven a «los otros», nadie nos ayudará cuando los distintos seamos nosotros mismos.

He llamado a este trabajo una historia de negros, locos y criminales, porque sus páginas quieren ser una reconstrucción histórica. He elegido la segunda mitad del siglo XIX, porque en muchos aspectos es un período que anuncia el momento presente. La historia no es maestra de la vida, pero nos puede ayudar a reflexionar. Y el mundo de hace cien años, con la explosión capitalista y la extensión colonial, el omnipresente cientifismo y el morfologismo determinista, el desarrollo técnico y el coetáneo cansancio de la razón, puede darnos muchas pistas sobre quienes somos sus herederos. Hemos tomado como base las dos vertientes atlánticas, pues sus diferentes problemas económicos, sociales y políticos determinan estilos científicos distintos y es buen motivo de reflexión ver cómo las ideas parecen dotadas de alas que les permiten encarnarse aquí y allá. Además, son los años del comienzo del poderío norteamericano, precedente del momento actual, y no es inútil, o al menos no me lo parece, estudiar cómo teorías que surgen en una de las costas atlánticas atraviesan los mares, al parecer con la velocidad de ágiles buques.

A lo largo de estas páginas intentaré ver qué sucedió con estos tres grupos de seres con frecuencia marginales —negros, locos y criminales— cuando hace una centuria la sociedad occidental decidió marginarlos con crueldad, apoyándose en «sólidos» argumentos tomados de las ciencias morfológicas. El problema del negro americano en los años que preceden a la abolición de la esclavitud, cuando los argumentos en su contra arreciaron, es el primer tema que me ocupa. La persecución de los criminales, considerados como un grupo aparte estigmatizado, como salvajes ajenos



al mundo honesto y con figura diversa, será el último. El segundo salto de moneda será algo distinto. El enfermo mental será también eliminado de la sociedad, muchas veces con apoyo en argumentos morfológicos, pero aquí, durante algunos años, la medicina pretendió un papel distinto, liberador, ya que quiso que cuando un loco delinquía, fuese exculpado, incluso estudiado, tratado y curado. Pero tal vez esta sea la demostración mejor, una vez más, de que la ciencia, como todo, no es en sí buena ni mala, sino que lo es según el uso que de ella se haga, como instrumento en manos del ser humano. Y en este caso, una psiquiatría con alguna frecuencia benévola se encontró con un ordenamiento jurídico más duro, que con dificultad admitía el perdón.

La ciencia, como cualquier actividad humana, no se puede nunca estudiar en sí misma, sino en el contexto en que es producida, difundida y utilizada. Solo así, considerando cuál es su origen y cuál su destino, podemos seguir encontrando en ella —o en algunas de ellas— atisbos ciertos de racionalidad benévola. Tal vez. En cualquier caso, puede que nos ayude a advertir el peligro de nuevos biologismos, que siempre encuentran fértil terreno en el mundo occidental. La insistencia en el morfologismo, el determinismo y el pesimismo coinciden bien con las características que marcaron la ciencia de fines del siglo XIX. Y también coincide en la misma rapidez con que, desde apresuradas consideraciones morfológicas, se llega a fáciles conclusiones sobre conducta, valor y calidad. Se quiera condenar a una persona por el diámetro de su cráneo o por la morfología de sus cromosomas, el peligro y el riesgo de opresión y marginación es el mismo. La sofisticación actual hace más peligroso este procedimiento que, sin embargo, no es de ahora sino que cuenta con un largo pasado. Pasado a cuya conjura consagro este libro.



## PRIMERA PARTE

### NEGROS...

Pero un negro condenado a muerte, a ser colgado, incluso a ser quemado, raramente muestra miedo o aprensión de cualquier tipo. Su imperfecta invervación, su lento cerebro y su bajo grado de sensibilidad, lo hacen incapaz de anticipar ese terrible sufrimiento físico tal como el elaborado y exquisitamente organizado caucásico sufre en esas mismas circunstancias... Pero, tal como ha sido mostrado, el negro ni trabaja ni puede hacerlo, en nuestro sentido de la palabra. Su predominante sensualidad le impide tal cosa, mientras su limitado intelecto, como el del niño, lo hace incapaz para trabajar con un fin remoto, o bien su inmediata satisfacción le impide llegar a sus últimas finalidades.

JOHN H. VAN EVRIE, *White Supremacy and Negro Subordination*, Nueva York, 1868, pp. 165 y 330.

1  
LA ANTIGUA COLONIA

**Abolicionistas y esclavistas**

Uno de los problemas más candentes en todo el mundo es el de la segregación racial, el racismo por causas de tipo morfológico. El odio o la enemistad hacia aquellos que difieren, más o menos, en morfología de nosotros. El racismo blanco hacia la gente de color es un problema muy antiguo y todavía no solucionado. En la historia del mundo, la situación del negro americano ha sido tema que ha hecho correr mucha tinta y que todavía dará mucho de sí. Estudiar cuál fue el origen de esta segregación puede ser de enorme interés, sea para buscarle una solución, sea, al menos, para comprender parte del problema. La tradicional historiografía sobre el origen de la segregación racial norteamericana parece situar a fines del XIX la sistematización legal de la separación entre blancos y negros, reacción defensiva tras la guerra entre norte y sur y la abolición del esclavismo. Tal vez sea así, teniendo en cuenta que alrededor de 1900 empieza el imperialismo norteamericano y también las limitaciones a las entradas de emigrantes de países europeos. Sin embargo, muchos autores piensan con razón que es necesario remontarse medio siglo atrás para conocer el nacimiento de la segregación, tanto en estados nortños como sureños. Siendo el objeto último de este libro el estudio del papel represor de la ciencia, debemos preguntarnos: ¿cuándo empieza la ciencia occidental a condenar al negro? ¿Cuándo decide su inferioridad biológica y antropológica? Creo que se puede afirmar sin dificultad que es a mediados del siglo XIX. Hasta entonces ilustrados, filántropos, eclesiásticos... consiguen mantener la igualdad teórica entre las razas humanas. En los tiempos de la revolución norteamericana, Benjamin Rush escribe un bello alegato sobre la libertad del negro, muy en consonancia con el nuevo liberalismo mundial.<sup>1</sup> Los

---

<sup>1</sup> B. Rush, *An Address to the Inhabitants of the British Settlements, on the Slavery of the Negroes in America. The Second Edition. To which is added, A vindication of*

antropólogos ilustrados del tipo de Blumenbach o de Prichard admiten la igualdad de las razas y su único origen común. Pero esta orientación pronto cambiaría. Si en los años treinta comienza en los teatros anglosajones a convertirse el negro en personaje burlesco, pronto los científicos responderán ante esta nueva demanda del público.

Uno de los primeros científicos que apoya la radical diversidad de las razas humanas es Samuel George Morton, quien tras la publicación en 1839 de su *Crania americana* empieza a derivar una dura ideología de sus admirables colecciones de cráneos. Así, publica en 1842 en Filadelfia sus *Brief Remarks on the Diversities of the Human Species*. Reclama la alta calidad de su ciencia, basada en la anatomía y la fisiología y apoyada en un estricto atenerse a los hechos. Y, es interesante, se coloca bajo el resplandor de dos importantes divinidades protectoras, por una parte, el Dios bíblico, cuyas palabras dice demostrar; por otra, en la memoria de Benjamin Rush, a quien dice admirar. Dios confirma la rigidez y seguridad de su esquema teórico y Rush debe apoyar su cientifismo y su progresismo. Por desgracia, ambos estaban ya demasiado lejos.

Considera Morton una profunda separación entre las razas humanas, procedente de un primer designio del Creador.

Cuanto más he reflexionado sobre esas diferencias, más me he asegurado en la conclusión de que no han resultado de la actuación de causas físicas sobre constituciones originalmente iguales, sino que, por el contrario, ha habido una diferencia primigenia entre los

---

*the Address, in Answer to a Pamphlet entitled, «Slavery not forbidden in Scripture; or, A Defence of the West India Planters».* By a Pennsylvanian, Filadelfia, 1773. Dentro de la amplísima literatura sobre el esclavismo americano, señalaremos simplemente aquellas obras que nos han sido de mayor utilidad. A. Hrdlicka, «Anthropology of the American Negro. Historical Notes», *American Journal of Physical Anthropology*, 10, 2 (1927), pp. 205-235. E. W. Miller, *The Negro in America: A Bibliography. Compiled by... for the American Academy of Arts and Sciences*, Cambridge, 1966. D. B. Porter, *The Negro in the United States. A Selected Bibliography*, Washington, 1970. J. Williamson, ed., *The Origins of Segregation*, Boston, 1968.

hombres; no un suceso accidental, sino una parte de ese absoluto designio que ha adaptado al hombre, en común con los animales y las plantas, a esas diversas condiciones que forman una parte necesaria de la economía de la Creación.<sup>2</sup>

Con sus palabras deja bien sentada una original diversidad, inalterable por accidentes físicos, y una perfecta adaptación al medio. El Dios de la Biblia respalda este fijismo, pues Morton toma material de la arqueología, la etnología, la antropología, los libros sagrados... para mostrar esta invariabilidad de las razas humanas. Y, claro está, el negro queda bien presente en sus palabras. Nos muestra la perfecta adaptación del hombre de color a medios geográficos duros, calor, enfermedad, selva... o bien, cómo está ya ampliamente representado en los relieves del antiguo Egipto. Y, en su afán de establecer la permanencia de las razas humanas, se encuentra obligado a demostrar que jamás existieron gigantes o enanos. Aparte pruebas ajenas –historiadores, viajeros, etnólogos, arqueólogos– se preocupa de solicitar de un médico de Nashville (Tennessee) el envío del cadáver de uno de los famosos enanos del valle del Misisipi, comprobando en la autopsia que se trataba de un niño.

Todo ello no es inocente, o no será empleado inocentemente, pues queda bien sentada la imposibilidad de mejora de las razas inferiores y, en otro terreno, se niega el transformismo, que podía apoyar esta progresión. Así ataca, recordándonos las diatribas de un eminente eclesiástico inglés contra los evolucionistas, «la conocida y pública opinión del excéntrico lord Monboddó, quien incluso supone que el mismo hombre estaba originalmente embellecido con una cola; y tan intensamente insistió en este punto, que un chistoso bromista hizo notar que su Señoría juzgaba a los demás por sí mismo». Y empieza a plantear una serie de temas que

---

<sup>2</sup> S. G. Morton, *Brief Remarks on the Diversities of the Human Species, and on some Kindred Subjects*, Filadelfia, 1842, p. 6, también p. 11. Se reafirma en su poligenismo en «Account of a Craniological Collection; with Remarks on the Classification of Some Families of the Human Race», *Transactions of the American Ethnological Society*, 2 (1848), pp. 217-222.

serán desde entonces clásicos en los antropólogos anglosajones: el hombre es distinto del mono, el hombre enfermo no retrocede a la animalidad, y el hombre, sobre todo el blanco, es el rey de la creación. Toma apoyo en la antigüedad clásica, así la posición erecta —que para Galeno es el símbolo del «dominio» del hombre sobre la naturaleza—, o el papel primordial de la mano —que ya Aristóteles mostraba como expresión de la inteligencia y de la mente humana. También argumentos de su época, como el estudio del cráneo y del cerebro para separar hombre y animal y las razas entre sí. No es extraño que se refiera a los frenólogos, discípulos de Gall que estudian formas craneales para inferir carácter y conducta, incluso con elogio, considerando a sus teorías «verdades fisiológicas».<sup>3</sup> Nos informa de que el cerebro es más pequeño en los animales y en las razas humanas «inferiores» y, ante el enorme encéfalo del elefante, no tiene más remedio que explicar cómo, en ese caso, lo que cuenta es la proporción entre volumen del cerebro y el total del cuerpo.

Nuestro autor prosigue su canto al ser humano, capaz de habitar cualquier clima o comer cualquier alimento, como si de una pulga o de un cerdo se tratase. «He has no limits». Y, sobre todo, se entusiasma con sus facultades intelectuales y morales, «esos atributos divinos que lo colocan en el pináculo de la Creación, y le muestran, cuando baja su mirada hacia el rebaño de animales inferiores, que existe, desde luego, un hiato entre él y ellos». Aunque siempre la superioridad del hombre se basa en su lenguaje, en su moral, en su inteligencia y en su religión. Él se refiere a «la perfección de Homero, la filosofía de Franklin» y no a «esa multiforme idolatría, que es justamente repugnante al hombre cristiano». Es claro que ensalza, y lo dice, al hombre blanco, al habitante de las zonas del norte, de las frías y templadas. Es el verdadero conquistador del mundo: «Así la raza blanca ha sido capaz de instalar y mantener sus colonias en todas las regiones habitables de la tierra».<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> S. G. Morton, *Brief Remarks...*, pp. 13-15, cita en 13.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 19-22.

Ante la problemática marginación social y homogenización que renace con vigor en nuestros días, retrocederemos en el tiempo para aclarar el papel que las ciencias morfológicas, el determinismo y el pesimismo han tenido en la configuración social, a través de la antropología, la psiquiatría, la criminología y la medicina legal, y, sobre todo, descubrir qué sucedió con los tres grupos de seres enumerados en el título de este ensayo –negros, locos y criminales– cuando hace muchos años la sociedad occidental decidió marginarlos con crueldad, apoyándose en «sólidos» argumentos científicos.

Con tres saltos de moneda se abordan el problema del negro americano en los años previos a la abolición de la esclavitud, cuando arreciaron los razonamientos en su contra; la persecución de los criminales, estigmatizados como salvajes ajenos al mundo; y el enfermo mental, también eliminado de la sociedad, aunque la medicina pretendió un papel distinto, liberador, ya que quiso estudiarlo y curarlo en lugar de condenarlo.

Así, se pretende demostrar, una vez más, que la ciencia no es en sí buena ni mala, sino que depende del uso que de ella se haga como instrumento en manos del ser humano. Por ello, no se puede estudiar en sí misma, sino en el contexto en que es producida, difundida y utilizada. Solo así, tomando en cuenta su origen y su destino, podremos encontrar en ella atisbos de racionalidad benévola o advertir el peligro de nuevos biologismos que siempre encuentran fértil terreno en nuestro mundo occidental, donde apresuradas consideraciones morfológicas desencadenan fáciles conclusiones sobre conducta, valor y calidad. Que se quiera condenar a una persona por el diámetro de su cráneo o por la morfología de sus cromosomas, el peligro y el riesgo de opresión y marginación es el mismo.

